

Traducción de  
FRANCISCO GONZÁLEZ ARAMBURO

FERNAND-LUCIEN MUELLER

# HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA

*De la antigüedad a nuestros días*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO

ganismo. Si encuentra trabas, si está comprimido en el pecho, el pensamiento se hace más difícil. Las percepciones son tanto más claras cuanto más seco y puro es el aire, mientras que su humedad, que atribuye a la embriaguez, al sueño, a las pléoras, es perjudicial también al ejercicio del pensamiento. Es particularmente importante el papel del aire que rodea al cerebro y al corazón, pues estos órganos son las sedes de su unión con la sangre en el sistema vascular y esta unión rige las funciones sensoriales. Diógenes nos ha dado de los vasos sanguíneos, sobre todo de las arterias, una descripción que constituye un importante documento acerca de los conocimientos anatómicos de la época.<sup>9</sup> Creía que el examen de la lengua, situada en la encrucijada de los vasos, puede proporcionarnos valiosas indicaciones acerca de la manera en que el aire y la sangre se mezclan en el organismo. Le parecía que una mezcla armoniosa era la condición del bienestar y de la salud, y que el exceso de sangre era una fuente de trastornos patológicos.

Es probable que la noción de *pneuma* en el sentido de un fluido vital idéntico al aire, que aparece ya en la escuela hipocrática de Cos, deba mucho a la obra de Diógenes, la cual es a su vez una nueva elaboración de la teoría de Anaxímenes. Es probable también que las ideas de Diógenes de Apolonia (por intermedio de Diocles de Caristos, contemporáneo de Zenón de Citio) hayan influido en el fundador del estoicismo, en quien la doctrina del *pneuma* cobra una importancia esencial.

<sup>9</sup> Aristóteles, *Hist. An.*, I, 2, 511 b 30.

### III. LA PSICOLOGÍA MÉDICA EN LA ANTIGÜEDAD

#### 1. LOS ORÍGENES DE LA MEDICINA HIPOCRÁTICA

AUNQUE no se trate aquí de una historia de la medicina, no es posible dejar a un lado el movimiento al que está vinculado el nombre de Hipócrates, que implica un conocimiento científico y psicológico del hombre en la época de Platón y en el que se encuentran elementos de psicoterapia, de caracterología y aun de fisiognomía.

La medicina anterior, en Grecia, era sacerdotal. Píndaro nos dice que "el héroe curador de todas las enfermedades, alimentado por Quirón en su antro rocoso", Asclepios —el Esculapio de los latinos—, cuyo culto se remonta verosímelmente a una decena de siglos antes de nuestra era, curaba mediante "dulces encantamientos", "pociones benéficas", aplicaciones o con la cirugía.<sup>1</sup> Los templos que se le consagrarían más tarde, en Cos, en Tricca, en Cnido y en Epidauro se convirtieron en lugares de peregrinación y se han encontrado *anathemas* o *ex votos* de los enfermos curados. El movimiento hipocrático se vincula a esta medicina sacerdotal, pero al mismo tiempo se aparta de ella por una preocupación de racionalidad comparable a la de la filosofía con relación al mito. No es dudoso, por lo demás, que haya habido en sus orígenes una influencia de las escuelas filosóficas, la de los jonios y, con seguridad, la de los pitagóricos, además de aportaciones orientales —difíciles de determinar—, en particular de Egipto y de la India. Por otra parte, parece ser que la escuela hipocrática engloba el conocimiento de una medicina clínica practicada desde antiguo en Cos y en Cnido, aunque estuviese envuelta en magia.

La leyenda se mezcla constantemente a la historia en lo que concierne a la figura misma de Hipócrates<sup>2</sup> y el problema histórico del

<sup>1</sup> *Tercera Nemea y Tercera Pítica.*

<sup>2</sup> Es posible admitir que Hipócrates nació en el año de 460 a. c. en la isleta de Cos (una de las Espóradas) en la que su padre, sacerdote de Asclepios, le enseñó la medicina, y que en el transcurso de una larga existencia, entreverada de viajes de estudio o de giras de conferencia por Egipto, Grecia y el Asia Menor, aseguró, gracias a su genio, el triunfo de la escuela de Cos sobre su rival de Cnido. Quizá aprendió retórica con Gorgias, repudiando su agnosticismo, y conoció directamente a Demócrito, a Sócrates y a Eurípides. Algunos autores le atribuyen la salvación de Atenas por la instalación de hogueras en las calles de la ciudad, en ocasión de la epidemia de peste en la que pereció Pericles, en 429 a. c.

“padre de la medicina” ha suscitado numerosos trabajos. Pero poco importa que él mismo sea o no el autor de unos setenta tratados del *Corpus hippocraticum* que nos han sido retransmitidos por la escuela de Alejandría y cuyas fechas no pueden ser determinadas. Lo esencial es que constituye un documento excepcional de la vida médica y científica en el siglo V a. c., pues el *Corpus*, a pesar de algunos textos discordantes, muestra constantes que versan sobre la orientación de la medicina y los tratamientos recomendados en casos determinados.

## 2. LAS CAUSAS Y LA CURACIÓN DE LAS ENFERMEDADES

La *Antigua Medicina*, por ejemplo, nos enseña cómo surgió la famosa teoría hipocrática de los humores, expuesta en la *Naturaleza del hombre*, que atribuye al ser humano —considerado como un todo de partes independientes, pero sometido a un ritmo cuaternario, que preside todas las cosas—<sup>3</sup> cuatro humores: la sangre, el flema (llamado igualmente linfa o pituita), la bilis amarilla, la bilis negra o atrabilis, cada uno de los cuales está relacionado con un órgano particular: el corazón, el cerebro, el hígado y el bazo. Se sabe que esta teoría fundó la teoría caracterológica de los cuatro temperamentos: el sanguíneo, el linfático, el bilioso y el atrabiliario (según que predomine uno de los cuatro humores) considerados como el producto de la reacción del organismo al medio ambiente, algo así como el punto de conjunción del individuo y el universo. El equilibrio de los humores es la *crasis* y su ruptura (enfermedad) es la *discrasis*. El equilibrio amenazado tiene una tendencia natural a restablecerse, mediante una operación de química orgánica que modifica, corrige, “cuece” los humores para expulsarlos (la *cocción*). Los humores cocidos son expulsados por el sudor, las expectoraciones, la orina, las evacuaciones, los vómitos... y esto es la *crisis* que tiene lugar en días fijos llamados *días críticos*. Si falta, puede producirse un depósito en alguna parte del organismo, que producirá una enfermedad local que resuelve, en cierta manera, la enfermedad general del organismo (absceso, tumefacción de una articulación, gangrena local, etcétera).

La armonía se considera, así, como la condición de la salud, y la curación de las enfermedades como la obra de la naturaleza, el médico no puede hacer más que ayudar a esta última en su lucha para restablecer el equilibrio amenazado. Este desequilibrio puede

<sup>3</sup> Hay cuatro puntos cardinales, cuatro estaciones, cuatro edades de la vida, cuatro elementos fundamentales en el universo.

tener causas diversas: internas (un exceso de humores, de preocupaciones o de fatiga) y externas (un cambio brusco de clima, la presencia de miasmas en el aire o un traumatismo accidental). Pero el hipocratismo atribuye un papel esencial al “terreno”, considerado a menudo como decisivo para la evolución de una enfermedad. La escuela otorga gran importancia al régimen, que debe estar adaptado a cada caso tomando en cuenta los hábitos del enfermo y las condiciones particulares: edad, sexo, temperamento, resistencia, etc. La medicina hipocrática sabía también que algunos individuos son “alérgicos”, como decimos hoy, a determinados alimentos.

El tratado *Régimen de las enfermedades agudas* contiene una polémica contra la escuela rival de Cnido, a la que se reprocha una falta de amplitud y de seguridad en el pensamiento, el recurso a remedios fáciles y uniformes (demasiadas purgas, demasiada leche y suero, etc.), una incapacidad de elevarse por encima de los hechos inmediatamente dados para anticiparse a los síntomas sentidos por el enfermo. Pues la escuela hipocrática se preocupa por establecer un diagnóstico de la enfermedad, y reconoce que el mejor médico es el que se muestra capaz de prever.

En pocas palabras, el tratamiento requiere un saber empírico, fecundado por la observación y la reflexión. Se ha mencionado a menudo su adagio: “Hay que ligar la medicina a la filosofía, pues el médico filósofo es el igual de los dioses.” Se trata, en este caso, de una determinada filosofía, imbuida de un simbolismo realista de los números, que atribuye una importancia esencial a determinados ritmos, particularmente cuaternarios y septenarios, y que no separa al hombre —microcosmos— del universo. Al ser humano se le concibe como ligado al cosmos por todas las fibras de su ser físico y psíquico; el *Corpus* no señala esa ruptura con el mundo que caracteriza el surgir de la consciencia humana y que, en esa época, fueron los sofistas los primeros en poner a la luz.

## 3. LA ENERGÍA VITAL Y EL PAPEL DEL CEREBRO

De manera general —aunque se inserte en un contexto metafísico— se predica una suerte de empirismo, que se preocupa por la influencia ejercida en el ser humano por el clima, las estaciones, la naturaleza del suelo y, en general, por todos los elementos del mundo circundante. El aire, en especial, es considerado elemento esencial y el papel que desempeña constituye el tema de una obra, *Vientos*. El motivo es análogo al que existe en filosofía desde Anaxímenes: la importancia capital del aire que debemos respirar para vivir.

Los organismos vivos están condicionados por tres elementos: la alimentación, la bebida y una energía vital invisible (el *pneuma*) que desempeña un papel primordial, así en el hombre como en el universo. Esta fuerza vital que llena "el intervalo inmenso que separa la tierra del cielo" anima y hace que se muevan los cuerpos celestes, asegura la cohesión y los movimientos de todo lo que existe. Como alimento del fuego, se halla presente inclusive en el agua del mar, que de otra manera no podría contener animales acuáticos. Este principio fundamental es el aire, fuera del cuerpo, y el soplo vital, dentro de él; da la vida lo mismo a los hombres que a los demás seres y organiza las defensas naturales contra las enfermedades.<sup>4</sup>

Esta importancia que la escuela hipocrática atribuye al aire está en relación directa con el papel que desempeña el cerebro en el organismo. En el tratado acerca de la *Enfermedad sagrada*, son refutadas las teorías que sitúan a la inteligencia en el corazón, o en el diafragma, en favor del cerebro, verdadera sede de la inteligencia. De él parten ramificaciones a todas las partes del cuerpo, y en él desembocan, igualmente, los diversos canales de los sentidos. Influye en todos los humores del cuerpo; si es herido, sobreviene la parálisis o la muerte; si está demasiado húmedo, la confusión de los sentidos acarrea la locura. Ahora bien, si en la escuela hipocrática se inviste al cerebro de una dignidad tan alta es porque el aire, por su mediación, comunica su naturaleza al organismo; es decir, porque desempeña el papel de un intermediario. Basta con remplazar al aire por el "impulso vital" (*élan vital*), por ejemplo, para que la concepción nos parezca más profunda que ingenua.

#### 4. EL HOMBRE EN EL UNIVERSO

En el tratado de las *Carnes*, el autor deduce del esbozo de una especie de cosmogonía los conocimientos anatómicos y fisiológicos indispensables para el médico.<sup>5</sup> Se trata del fuego cósmico, del "fuego

<sup>4</sup> Este principio de una "fuerza vital" —que Descartes rechazará para atribuir todas las funciones del organismo a factores mecánicos y fisicoquímicos— conduce a admitir la intervención de "imponderables" puramente cualitativos y, por consiguiente, no mensurables.

<sup>5</sup> La preocupación que manifiesta la escuela hipocrática por obtener información es de una magnitud sorprendente, según se puede juzgar por este pasaje de las *Epidemias*: "Por lo que respecta a las enfermedades, he aquí cómo las discernimos. Nuestro conocimiento se apoya en la naturaleza humana universal y en la naturaleza propia de cada persona; en la enfermedad; el enfermo, las sustancias administradas, el que las administra y en lo que se puede sacar como conclusión para bien o para mal; en la constitución general de la atmósfera y

innato" que tiene la inteligencia de todo, que ve y oye, que conoce el presente y el porvenir. En virtud de él se explican el nacimiento de las diversas partes del mundo, la formación de los seres vivos y la naturaleza de la salud y la enfermedad. Pues el hombre, en cuanto está formado de partículas de elementos que componen el universo, puede ser considerado como un microcosmos. Al fin de la obra, una teoría septenaria se vincula estrechamente a las especulaciones pitagóricas con los números: la resistencia del hombre normal al ayuno es de siete días, los niños tienen todos sus dientes al cabo de siete años, etc. Dos breves tratados: el *Feto de siete meses* y el *Feto de ocho meses*, confirman la virtud adjudicada a este número; igualmente lo hace el tratado de las *Semanas* en el que una organización septenaria interviene en la formación del mundo, el transcurso del año, la estructura geográfica de la tierra, la disposición del cuerpo humano.

El conocimiento de la salud y de la enfermedad se reduce al de las relaciones entre los elementos que componen al ser humano y entran en juego en su comercio con el universo, ya que la enfermedad nace de su desequilibrio; y en virtud de que se considera que la alimentación y el ejercicio obran sobre estos elementos, al aumentar o disminuir el poder de algunos de ellos, la escuela les atribuye tan gran importancia; representan a sus ojos factores cuya influencia es más fácil de regular que la de otros: climáticos o geográficos, por ejemplo, cuya acción sobre el ser humano no deja de reconocerse. Numerosas anotaciones constituyen algo así como el embrión de una climatología; hacen referencia a la acción del clima que, cuando es regular y equilibrado, favorece la belleza física y ejerce una buena influencia sobre el carácter; a las estaciones que, cuando están claramente marcadas permiten la formación de mayor variedad de tipos humanos, a la vez que refuerzan el vigor del organismo, su energía natural y la agudeza de la inteligencia; a sus variaciones, que repercuten en el proceso de formación de los individuos, diferente en verano o en invierno, durante las sequías o las lluvias; a las di-

las constituciones particulares según las diversidades de cielo o de lugar; en los hábitos, el régimen de vida, las ocupaciones, la edad de cada uno; en las palabras, las maneras, los silencios, los pensamientos, los sueños, los insomnios, las cualidades y los momentos de los sueños; en los gestos desordenados de las manos, las comezones y las lágrimas; en los paroxismos, los excrementos, las orinas, los esputos y los vómitos; en la naturaleza de las enfermedades que se suceden unas a otras y en los depósitos anunciadores de ruina o de crisis; en el sudor, el enfriamiento, en los escalofríos, la tos, el estornudo, el hipo, el eructo, los gases silenciosos o ruidosos, las hemorragias y las hemorroides. Son estos datos y todo lo que permiten descubrir lo que hay que examinar con cuidado."

versas consecuencias de un clima uniformemente frío o cálido. La medicina hipocrática tampoco ignoró la importancia de los factores sociales. Observa que el trabajo físico y determinadas costumbres desempeñan un papel en la determinación de la salud o de la enfermedad; y observa también que las instituciones y las leyes, según el valor del ideal que proponen, tienen repercusiones psicológicas. A este respecto, se señala una diferencia entre los habitantes de las ciudades griegas del Asia, que se administran libremente, y los de los Estados sometidos a una autoridad despótica (tratado *De los vientos, de los lugares y de las aguas*).

### 5. LA SABIDURÍA HIPOCRÁTICA

En pocas palabras, los tratados del *Corpus* consideran al hombre como solidario, en su doble aspecto físico y moral, de su medio natural y social. Se ha podido calificar de humanismo médico a la doctrina que se desprende de los tratados, por cuanto no encierra solamente el enriquecimiento de conocimientos particulares en el interior de una técnica, sino también un ideal del hombre, encaminado a fomentar y salvaguardar una verdadera sabiduría humana. Se incita al médico de la escuela a que nunca pierda de vista el bien y la utilidad de sus semejantes, a que se cuida de no emprender nada que pueda serles nocivo. El autor de los *Preceptos* recomienda a los médicos "no entregarse al boato, despreciar lo superfluo y la fortuna, ver a veces gratuitamente a los enfermos, prefiriendo el placer del reconocimiento al de un vano lujo. Si se presenta el caso de socorrer a un extranjero o a un pobre, éstos son los primeros a los que se debe atender. No se puede amar la medicina sin amar a los hombres".<sup>6</sup> Hay allí un ideal elevadísimo de la práctica médica y aun de lo que llamamos hoy el "respeto de la persona", de que da sobrado testimonio el texto del famoso juramento.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Citado por Pierre Galimard, *Hippocrate et la tradition pythagoricienne*, París, 1939, p. 62.

<sup>7</sup> "Por Apolo médico y Esculapio juro: Por Higias, Panacea y todos los dioses y diosas a quienes pongo por testigos de la observancia de este voto, que me obligo a cumplir lo que ofrezco con todas mis fuerzas y voluntad. Tributaré a mi maestro de Medicina igual respeto que a los autores de mis días, partiendo con ellos mi fortuna y socoriéndoles en caso necesario; trataré a sus hijos como a mis hermanos y, si quisieren aprender la ciencia, se la enseñaré desinteresadamente y sin otro género de recompensa. Instruiré con preceptos, lecciones habladas y demás métodos de enseñanza a mis hijos, a los de mis maestros, y a los discípulos que me sigan bajo el convenio y juramento que determina la ley médica y a nadie más. Fijaré el régimen de los enfermos de modo que les sea más

Lo que prevalece en el comportamiento médico y lo orienta es la fe en un orden universal benefactor, el sentido de los límites humanos. El médico hipocrático no debe emprender nada temerariamente; preferirá abstenerse antes que causar perjuicio. El primero de sus deberes consiste en no dañar. Pues se admite que el ser vivo, por la intervención de una razón inmanente al instinto, segrega en cierta forma defensas naturales regeneradoras. La *physis*, en la escuela hipocrática, designa tanto la naturaleza individual — así lo que nosotros llamamos constitución — como la naturaleza humana en general, caracterizada por la acción de un agente desconocido que cura las enfermedades.<sup>8</sup> Pero si la naturaleza es la gran sanadora, la utilidad de la medicina estriba en el auxilio importante, a veces decisivo, que puede aportar. En pocas palabras, la idea de una solidaridad entre las partes del organismo, la preocupación por el conjunto en cuanto estructura del ser vivo, y las condiciones postuladas de su equilibrio y de su florecimiento, nos remiten a la existencia de leyes naturales que hay que respetar.

En el tratamiento de las enfermedades, la preocupación por las condiciones generales de higiene (alimentación, baños, paseos, ejercicios...) desempeña un papel preponderante. *El régimen saludable* trata de ella, y la *Antigua medicina* declara que el arte médico, por entero, podría redescubrirse por intervención de la reflexión

provechoso según mis facultades y mi conocimiento, evitando todo mal e injusticia. No me avendré a pretensiones que afecten a la administración de venenos, ni persuadiré a persona alguna con sugerencias de esta especie; me abstendré igualmente de administrar a las mujeres embarazadas pesarios abortivos. Mi vida la pasaré y ejerceré mi profesión con inocencia y pureza. No practicaré la talla, dejando esa operación y otras a los especialistas que se dedican a practicarla ordinariamente.

"Cuando entre en una casa, no llevaré otro propósito que el bien y la salud de los enfermos, cuidando mucho de no cometer intencionadamente faltas injuriosas o acciones corruptoras y evitando principalmente la seducción de las mujeres jóvenes, libres o esclavas. Guardaré reserva acerca de lo que oiga o vea en la sociedad y no sea preciso que se divulgue, sea o no del dominio de mi profesión, considerando el ser discreto como un deber en semejantes casos. Si observo con fidelidad mi juramento, séame concedido gozar felizmente mi vida y mi profesión, honrado siempre entre los hombres: si lo quebranto y soy perjuro, caiga sobre mí la suerte adversa." (*Aforismos y pronósticos de Hipócrates*, Biblioteca Económica Filosófica, Madrid, 1904.)

<sup>8</sup> "Es la naturaleza la que cura las enfermedades. Ella descubre por sí sola las vías convenientes, sin tener necesidad de ser dirigida por nuestra inteligencia. Es ella la que nos enseña a abrir y a cerrar los ojos, a mover la lengua y a otras cosas semejantes, sin auxilio de un maestro. Se basta para multitud de cosas necesarias." (Citado por el doctor Carton, *L'Essentiel de la Doctrine d'Hippocrate*, extractado de sus obras, París, 1933, p. 53.)

sobre la alimentación que conviene tanto al hombre sano como al enfermo.

Este respeto por las actividades naturales se suma a una gran discreción por lo que toca a los remedios, "y el arte de curar [es] el de seguir el camino por el cual cura espontáneamente la Naturaleza".<sup>9</sup>

Como todo lo que existe en el universo, las enfermedades son divinas y naturales a la vez. La epilepsia no se sustrae a esta regla; el tratado *De la enfermedad sagrada* pone en tela de juicio su carácter excepcional y la conveniencia de su tratamiento por la magia. Dios, que es fuente de pureza, no puede manchar al hombre y es impío recurrir a tales prácticas. La epilepsia tiene como causa un movimiento desusado de la flema, que impide al aire —portador de la inteligencia— llegar al cerebro, que es el órgano central de la vida psíquica. Otra explicación de esta enfermedad aparece en el tratado *De los vientos* —en el que se afirma el papel preponderante de la sangre y la circulación normal en el equilibrio de las funciones intelectuales— pero la explicación no es menos natural: se trataría de una perturbación de la naturaleza de la sangre y de su recorrido por el cuerpo.

#### 6. ASPECTOS PSICOTERAPÉUTICOS

Hay en la colección hipocrática preocupaciones que constituyen una forma *avant la lettre* de esa medicina que llamamos hoy "psicosomática". Pues los médicos de Cos prestaban atención a las interferencias que se establecen entre el organismo y el psiquismo. Los tratados de las *Epidemias* sobre todo —en los que se estudia el alma humana que se desarrolla hasta la muerte, la consciencia que se regocija o se aflige, y que se manifiesta inclusive capaz a veces de autoscopia— nos dan testimonio de ello. Se les recomienda a los médicos que no choquen inútilmente con los enfermos, que cuiden su lenguaje, sus ropas, su aspecto físico y aun su olor; que no de-

<sup>9</sup> *Aforismos*, 2, Madrid, Biblioteca Económica Filosófica, 1904. Se encuentran en el pensamiento contemporáneo algunos aspectos que nos recuerdan esta confianza de los hipocráticos en la vida natural. Así, G. Canguilhem, en su *Essai sur quelques problèmes concernant le normal et le pathologique* (Clemont-Ferrand, 1943, p. 143), escribe: "Por deferencia a la polaridad dinámica de la vida podemos calificar de normales a tipos y funciones. Si existen normas biológicas es porque la vida, siendo no solamente sumisión al medio sino institución de su medio propio, pone por eso mismo valores no solamente en el medio, sino también en el organismo. A esto es a lo que llamamos normatividad biológica."

Véase Louis Bourgey: *Observation et expérience chez les médecins de la collection hippocratique*, París, Vrin, 1958, p. 256 (Bibliografía, pp. 277-282).

jen de prestar atención a esos pequeños detalles que pueden crear un cuadro agradable.

Algunos tratamientos, aunque parezcan ser menos eficaces en sí mismos, son aconsejables de preferencia, si el paciente los acepta mejor (*Aforismos*). Para estimular al organismo, el médico recurrirá en algunos casos a una verdadera acción psicológica, despertando en su paciente sentimientos que acrecienten su vitalidad. Las *Epidemias* contienen inclusive la anotación de un caso en que el médico recurre a la autosugestión al persuadir a su enfermo, mediante una ingeniosa estratagema, de que el pus se está escapando de su oído. En los *Humores*, algunas observaciones hacen referencia a la fuerza de carácter en las diversas circunstancias de la vida y a la incapacidad de dominarse: gusto por las bebidas fuertes, juegos de dados...; o a los diversos aspectos de la actividad psíquica; las búsquedas, las preocupaciones, las emociones, etc. Se observa que el pensamiento es afectado, a veces, por encuentros fortuitos que interesan la vista o el oído, y que algunos hechos exteriores: frotamiento de una piedra de molino, caminata a lo largo de un precipicio, aparición de una serpiente, etc., pueden tener repercusiones inesperadas. Y que los sentimientos y las emociones ejercen una acción particular sobre partes correspondientes del cuerpo: sudores, palpitaciones...

En cuanto al sueño, el autor del *Régimen* declara que es el estado en que el alma disfruta de su plena actividad, lo que indirectamente quiere decir que posee menos vitalidad en estado de vigilia en que los órganos de los sentidos, en cambio, trabajan más. En cuanto a los ensueños, la escuela hipocrática distinguía dos clases: aquellos cuyo carácter adivinatorio da señal de un origen sobrenatural, y los sueños cuyas imágenes pueden proporcionar al médico indicaciones acerca de las preocupaciones del que duerme o inclusive acerca de los sutiles cambios que sobrevienen en su organismo antes de que se manifieste verdaderamente la enfermedad.<sup>10</sup>

Elementos de fisiognomía aparecen en algunas observaciones, como las de que "los rubios que tienen la nariz puntiaguda y los ojos pequeños son en general malvados. Si tienen la nariz aplastada y los ojos grandes, son comúnmente buenos" o "cabeza grande con ojos negros grandes y nariz gruesa y chata son signos de bondad".<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Véase la tesis del doctorado en medicina de Raymond-Gaston Baissette: *Aux sources de la médecine, vie et doctrine d'Hippocrate*, París, Librairie Louis Arnette, 1931; el autor trata por extenso una cura a la que Hipócrates sometió al rey de Macedonia, Perdicas II, y en la que la interpretación de los sueños hubo de desempeñar el papel esencial.

<sup>11</sup> Véase Dr. Paul Carton, *op. cit.*, p. 59.

## 7. DE HIPÓCRATES A GALENO

La obra de Hipócrates ejerció una influencia sin igual en la medicina de la Antigüedad. Se la dogmatizó muy pronto y constituyó el objeto de un estudio muy cuidadoso por parte de la escuela de Alejandría, y encontramos todavía los fundamentos esenciales de la misma en el segundo siglo de nuestra era, en Galeno, cuya influencia prevaleció hasta el Renacimiento.

En Alejandría, el respeto con que se rodeó al *Corpus hippocraticum* no impidió que se hiciesen investigaciones originales, favorecidas por las condiciones de vida y de trabajo ofrecidas a los sabios, que disponían de laboratorios y estaban autorizados a practicar disecciones. El médico latino Celso nos informa, inclusive, de que Herófilo, el médico más eminente de esta época, que fue también gran ginecólogo y partero, sometió a la vivisección a criminales que le cedía Ptolomeo Soter. Pero esto es muy dudoso.

Sea como fuere, Herófilo, además de los trabajos sobre los órganos de los sentidos y la estructura del ojo, describió el cerebro, al que consideraba la sede principal de las sensaciones. Aunque haya confundido los ligamentos y los nervios, reconoce a estos últimos, en relación con el cerebro y la médula espinal, un papel importante en los procesos sensoriales. Admite que los seres vivos están sometidos a la acción de cuatro fuerzas: nutritiva (cuya sede es el hígado), excitante (cuya sede es el corazón), sensible (cuya sede son los nervios), pensante (cuya sede es el cerebro), y ve una relación estrecha entre la respiración y las pulsaciones, pues admite en los pulmones una sístole y una diástole análogas a las pulsaciones cardíacas. Preguntándose por los sueños, les atribuye, según su naturaleza particular, un triple origen: divino, orgánico o psíquico.

Un contemporáneo de Herófilo, Erasístrato (330-250), que se entregó, también en Alejandría, a investigaciones anatómicas y fisiológicas, atribuye a la sangre un papel privilegiado en relación con el de los demás humores del organismo.

En cuanto a Galeno, sus concepciones están enmarcadas en una fisiología finalista, pues ve en el hombre un alma que se vale de un cuerpo. Distingue en el *pneuma*, considerado por él como esencia de la vida, el *pneuma psychicon*, cuya sede es el cerebro, pero que interesa también al sistema nervioso; el *pneuma zoricon* (espíritu vital), manifestado por los latidos del pulso, que mantienen el calor del organismo; y el *pneuma physicon* (espíritu natural) cuya sede es el hígado, que asegura la nutrición. Estos tres pneumas rigen funciones más diferenciadas, a las que se considera como las

facultades naturales de los órganos del cuerpo: *atractiva, alteradora, retenedora y expulsadora*.

El papel de la respiración tiene importancia capital, por cuanto asegura la continuidad de la vida por una regeneración continua del *pneuma* vital que aspiran del aire los pulmones y los poros cutáneos.

Se encuentra igualmente en Galeno la noción del hombre como microcosmos. A los cuatro elementos fundamentales del macrocosmos: fuego, aire, agua, tierra, corresponden lo caliente, lo frío, lo húmedo, lo seco, así como los humores principales del organismo: sangre, flema, bilis amarilla, bilis negra. La resultante de la mezcla humoral es el temperamento (*sanguíneo, flemático, bilioso, atrabiliario*).

Observador y aun experimentador en fisiología (sobre todo, practicó cortes de la médula espinal a diferentes niveles y observó las parálisis provocadas), Galeno fue un espíritu más dogmático que Hipócrates. Quizá porque vivió en una época menos inclinada a la tolerancia que la de su gran precursor. Estableció en principio el tratamiento de los contrarios por los contrarios, reservado por Hipócrates a las enfermedades cuyas causas parecían evidentes. Para las enfermedades consideradas endógenas, la medicina hipocrática recomendaba el tratamiento por lo semejante, y, proclamando una mayor fidelidad a su pensamiento, la escuela homeopática afirmaría el principio de *similia similibus curantur*.